



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 2 de noviembre de 2003

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Después de celebrar ayer la solemnidad de Todos los Santos, hoy, 2 de noviembre, nuestra mirada orante se dirige a quienes han dejado este mundo y esperan llegar a la ciudad celestial. Desde siempre la Iglesia ha exhortado a orar por los difuntos. Invita a los creyentes a considerar el misterio de la muerte no como la última palabra sobre el destino humano, sino como el paso a la vida eterna. "Al deshacerse nuestra morada terrenal -leemos en el Prefacio de hoy-, adquirimos una mansión eterna en el cielo".

2. Es importante y necesario orar por los difuntos, porque, aunque hayan muerto en gracia y en amistad de Dios, quizá necesiten aún una última purificación para entrar en la alegría del cielo (cf. [*Catecismo de la Iglesia católica*](#), n. 1030). El sufragio por ellos se expresa de diversos modos, entre los cuales figura también la visita a los cementerios.

Visitar estos lugares sagrados constituye una ocasión propicia para reflexionar sobre el sentido de la vida terrena y para alimentar, al mismo tiempo, la esperanza en la eternidad feliz del paraíso.

Que María, Puerta del cielo, nos ayude a recordar y a no perder jamás de vista la patria celestial, meta última de nuestra peregrinación aquí en la tierra.
